



TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO
ESPINOZA

A mediados de los años 90, del siglo pasado, Adolfo Gilly, uno de los politólogos más reconocidos en esos tiempos, publicó un libro que pronto se hizo muy popular y que llevaba por título: "Nuestra caída en la modernidad". En dicho trabajo se explicaba la vía singular que había seguido México para adaptarse a los cambios internacionales. La obra permitía comprender cómo habíamos ido incorporando las transformaciones de la globalización a las condiciones mexicanas.

Sin seguir el patrón internacional, adoptamos los cambios de la esfera económica sin su correspondencia en la esfera política e institucional. La nuestra era una modernización sin transición política y social. La élite gobernante justificaba que primero había que hacer las adaptaciones económicas y el resto vendría por añadidura. No estábamos al nivel de otros países que se modernizaban, pero "Ahí la llevamos".

Y seguimos por esa vía; siempre posponiendo, atacando los problemas de manera parcial, evadiendo las decisiones y rogando que algún golpe de suerte nos permita resolver los retos del presente. Eso sí encomendándonos al creador y utilizando amuletos. De eso no se salva ni el Presidente; la fe, decimos, mueve montañas. Qué si no representa el caso Oaxaca. Una acumulación de decisiones pospuestas y soluciones parciales: "Dios dirá".

De todo eso me recordaba la semana pasada cuando decidí utilizar los servicios médicos estatales. Debo confesar que en mucho me animaba la idea de hacer un viaje a las entrañas de nuestras instituciones para comprobar los cambios que todos los días nos recetan los comerciales gubernamentales: La democracia nos ha solucionado todos los males. Y el futuro será mejor. Quería llenarme del optimismo foxista. Resulta que aproximadamente desde hace 25 años soy dere-

choahabiente del Isste (Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado). Para mi fortuna en el pasado no había tenido que acudir a recibir ningún tipo de servicio. Consideré que era una buena oportunidad para hacerlo, aparte de aprovechar uno de nuestros tradicionales puentes. En realidad la aventura inició antes cuando acudí a solicitar mi "vigencia de derechos". Una empleada muy amable me hizo creer que ya gozábamos de servicios estatales modernos. Creo que no hice una buena observación pues la tarjetita de la vigencia la llenó en una máquina de escribir. (Luego me enteré que como algunos empleados son tan antiguos como la institución no saben utilizar la computadora y eso obliga a continuar utilizando métodos mecánicos).

Acudí a la ventanilla de información para que me indicaran qué tenía que hacer "la primera vez". Le pregunté a otra amable señora que si podía hacer mi cita por teléfono, tal como rezaba la propaganda. Me dijo que la primera vez no se podía porque me "tenían que abrir el expediente", que debería de "ir a hacer cola" cualquier día "menos mañana que es festivo". Que a partir de las 7:00 de la mañana "daban las fichas". Así lo hice, y hacia las 7:45 me enteré que sería el número 13 en el consultorio 3. Pero que no me preocupara porque la consulta iniciaba a las 8:00.

Cuando llegué a la sala de espera aquello parecía la antesala del infierno. Una muchedumbre de enfermos se había hacinado entre las estrechas paredes. A un simpático gordito se le ocurrió compartir la música sinaloense que salía de una de sus bolsas del "pants gris". Niños lloraban, otros tosían, otros más gritaban. Aquello era un espectáculo digno de día de muertos. Sorprende que casi todos se conocían. La mayoría eran personas de la tercera edad que han hecho de la visita al médico una forma de vida.

Por fin una "administrativa" tuvo a bien avisarnos que los "Doctores están en junta, pero ya casi

acaba". ¿Por qué no nos dijeron eso al darnos la ficha? Por fin, cuatro horas después sale la persona número 12 pero me percaté que el 14 se me adelantó. Eso era demasiado. Reclamé mi derecho de piso y por fin accedí a la doctora. Le dije que sólo iba a solicitar un pase con un especialista y que me habían dicho que ella me lo daría. Se puso iracunda y me exigió que le mostrara los "estudios para canalizarme". Le dije que los tenía en casa y que me habían dicho en información que no los requería. Me preguntó de mi presión y le dije que no me la habían tomado. "Pues debería saber que todos los que entran conmigo se toman previamente la presión". Le pregunté que si en donde estaba esa instrucción y me contestó que "todo el mundo lo sabía". Que dada mi edad debería ir aprendiendo de cómo funcionaba la institución "pues en adelante tendrá que acudir más seguido". Que no me llenaría el expediente pues lo debería haber hecho durante la espera; de nuevo le dije que nadie me lo había dicho. Ante mi evidente molestia me sentenció que lo que pasaba es que estaba "chocheando", pues no entendía que así funcionaba la institución y remató "Y eso que no es el seguro". Le reclamé el tiempo perdido y el que nadie se tomara la molestia de explicarnos la forma tan singular de operar.

Me dijo que para no perder el tiempo hubiera puesto la cita por teléfono. Le expliqué que me dijeron que la primera vez no se podía. Me contestó que la señora que daba información no sabía nada.

Salí apesadumbrado y nada más por curiosidad pasé al laboratorio para saber cuándo me agendarían los exámenes ordenados: El 4 de diciembre y los resultados estarían una semana después. Con esos resultados debería volver al consultorio 3 y, si bien me iba, me canalizarían con el especialista, que tal vez podría darme una cita para el mes de enero. Lo dicho, foxilandia goza de cabal salud.

Correo electrónico: victorae@dns.colef.mx

El autor es investigador del departamento de estudios de administración pública del Colegio de la Frontera Norte.